

CARLOS AGANZO



PREGÓN 2012

Semana Santa
Medina de Rioseco

PREGÓN DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
2012

Carlos Aganzo

© Junta Local de Semana Santa
© del texto, su autor
Portada: Virgen Dolorosa.

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L. Juan Mambrilla, 9. Valladolid
Depósito Legal: VA. 282.-2012

PROCLAMA

En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu para sufrir la Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas y Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa y todos los hermanos de las Cofradías Penitenciales han acordado, ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad que hoy, Sábado de Dolores treinta y uno de marzo, Santa Balbina y San Amós profeta, se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de Santa María de Mediavilla, a las veinte treinta horas y ante la imagen penitencial de «La Virgen Dolorosa», para que, ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltezcan los valores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el ILMO. SR. DON CARLOS AGANZO, licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid; escritor, reconocido poeta, faceta por la que ha sido distinguido con diversos premios de ámbito regional y nacional. En la actualidad, Director del periódico «El Norte de Castilla» en Valladolid.

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, DON ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE.

Dado en la Cuaresma del duodécimo año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Ítem más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y pedimos oraciones para que Su Santidad el Papa Benedicto XVI, vicario de Cristo en la Tierra, pastoree con singular tino la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia trigésimo séptimo del Reinado de JUAN CARLOS I.

ARCHÍVESE EN EL LEGADO
CORRESPONDIENTE DEL AÑO 2012

FIRMADO Y SIGNADO POR
EL ESCRIBANO MAYOR

PRESENTACIÓN

Con licencia del Rvdo. Sr. Cura Párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, Rvdo. Padre Don Juan Carlos Fraile San Miguel:

Excma. Consejera de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León.

Ittre. Sr. Alcalde de Medina de Rioseco.

Sr. Pregonero.

Consejeros del Común.

Excmas. e Ilmas. Autoridades.

Venerables Cofradías, Gremios, y Hermandades de Penitencia y Pasión.

Mayordomos... Señoras y Señores:

Sean bienvenidos y, con su benevolencia, permítanme dirigirles unas breves palabras.

Consideramos que este Acto principal, el PREGÓN de SEMANA SANTA, con el que iniciamos estos días memorables, es el momento y estamos en el lugar adecuado, para hacer público reconocimiento de felicitación y agradecimiento, en nombre propio y de la Junta de Cofradías de Semana Santa, a la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León, representada en este acto por la Consejera, Excma. Sra. Doña ALICIA GARCÍA RODRÍGUEZ, por haber sido nombrada MIEMBRO DE HONOR de la Junta Local de Semana Santa de esta ciudad.

Justa distinción por su estimable y duradera colaboración con esta Junta y las Cofradías penitenciales. En cada momento, los diferentes responsables que ocuparon, y ocupan hoy, la máxima responsabilidad en esa Consejería, se han mostrado receptivos a cuantas demandas les hemos solicitado, ya fueran económicas, restauración de imágenes, asesoría técnica o de tipo cultural, dándonos su incondicional apoyo e innumerables muestras de interés y afecto, en defensa y adecuado mantenimiento del rico acervo patrimonial que atesora la Semana Santa, valores culturales y tradicionales que distinguen y diferencian a Medina de Rioseco, nuestra ciudad.

Su colaboración y la importancia que nos supone a esta Junta, hace que esa Consejería sea co-partícipe importante en el desarrollo y difusión de

nuestra Semana Santa, y pueda mantenerse en el tiempo tan secular tradición popular, heredada de quienes nos precedieron y de la que somos temporales, desde hace más de cuatro siglos.

Consejera, ruego acepte nuestro agradecimiento y lo haga extensivo a las personas que la antecedieron en tal responsabilidad, con lealtad a un fin común de gran importancia para Medina de Rioseco y nuestra Comunidad de Castilla y León.

¡ENHORABUENA y GRACIAS.

Así mismo, en nombre propio, la Comisión Permanente y los Representantes de las distintas Cofradías penitenciales que conformamos la Junta Local de Semana Santa, quiero dirigir unas breves palabras de felicitación y agradecimiento a quien, hasta hace pocas fechas, a petición propia, cesó en su cargo de Vocal: Don ALFONSO RUBIO DE CASTRO.

En este acto queremos hacerle público reconocimiento por su estimable y desinteresada dedicación a las tareas que le fueron encomendadas, tareas necesarias, a veces no suficientemente reconocidas, con el único fin de conseguir el mayor engrandecimiento de nuestra Semana Santa.

Alfonso: Hermano en Cristo, cofrade riosecano, presidente de la Hermandad de «La desnudez del Señor» y, sobre todo, amigo. Consideramos que has cumplido, leal y fielmente, con aquello para lo que fuiste elegido, democráticamente.

Sirvan estas palabras de gratitud y enhorabuena, en la seguridad de estar transmitiéndote lo que sienten la mayoría de nuestros conciudadanos, a quienes has «servido» en el desarrollo de tu responsabilidad, donando parte de tu tiempo libre con generosidad, siempre en defensa y una mejor divulgación de la Semana Santa de Medina de Rioseco.

¡GRACIAS¡.

Hace unos días, con la primera luna llena, ha llegado la primavera y ella, en su Plenilunio, nos anuncia la conmemoración religiosa de máxima importancia para los católicos: SEMANA SANTA. Momentos de tristeza y alegría: Tristeza por lo que supone la Pasión y Muerte de Cristo, Alegría porque con su Resurrección, hizo posible nuestro perdón y futura salvación.

Es el tercero de los años que la SEMANA SANTA riosecana ostenta la distinción de FIESTA DE INTERÉS TURÍSTICO INTERNACIONAL junto a las de Zamora, Valladolid, León y Salamanca y, desde hace poco tiempo,

Medina del Campo, formando parte de un privilegiado grupo en nuestra Comunidad Castellano- Leonesa, junto a otras de la Comunidad Murciana, en el que tres ciudades de la provincia de Valladolid, tenemos el honor de tal consideración.

En el último caso, nos es especialmente grato debido a las estrechas relaciones existentes entre Medina del Campo y Medina de Rioseco, villa y ciudad, con sus respectivas Juntas de Semana Santa hermanadas, ciudades que compartieron un momento histórico, durante el año 2011: la Exposición «*PASSIO*», gracias a la iniciativa tomada por la Fundación «Las Edades del Hombre», legado de gran importancia y trascendencia cultural para al resto de España y del extranjero.

¡«*PASSIÓ*»!: Hermoso título estrechamente unido a la Fiesta Mayor riosecana: SEMANA SANTA, íntima y profundamente sentida.

Partícipe con lo dicho numerosas veces por nuestro Alcalde, ello ha supuesto un ANTES y debe suponer un DESPUÉS para ambas ciudades, lo que nos hace sentir orgullosos por el gran éxito popular conseguido y lo que ha supuesto para nuestra ciudad, dándola un importante impulso en su divulgación y mayor conocimiento, cultural y turístico. De ahí que numerosos visitantes hayan expresado su necesidad de volver a visitarnos en otra ocasión.

Pardal y tapetanes, con su ronco sonido y al redoble de palillos, han recorrido las viejas calles y plazas de nuestra ciudad, convocando a concejo al pueblo llano. Su puntual y reiterada llamada nos recuerda en estas fechas que, un año más, iniciamos nuestra Semana Santa, siendo el Pregón el prólogo a esos días semanasantos.

Atenta y respetuosamente acabamos de oír las singulares notas musicales de «La Lagrima», himno oficial de la Junta de Cofradías y de nuestra Semana Santa. A sus compases, la Vara Mayor, acompañada por las Varas de las Hermandades, portadas por los Mayordomos de cada una de las diecisiete cofradías penitenciales riosecanas, ha traspasado el dintel de la puerta de este sagrado templo para, unidas en sentida y estrecha hermandad, disponerse a presidir este memorable Acto del Pregón.

De manera sencilla, a la vez que solemne, comenzamos una nueva SEMANA SANTA de Penitencia y Pasión, en la que recordaremos la dolorosa Pasión, Muerte y posterior Resurrección triunfal de Cristo.

Alrededor de la mesa, en nuestras casas o en otros lugares, nos reuniremos las familias, amigos o, simplemente, conocidos, en amistosa y fraternal

ceremonia, bajo la atenta mirada de la torre de Santa María, como si se tratase de un obligado ritual que se repite año tras año.

Medina de Rioseco, se convertirá durante estos días en la ciudad santa de Jerusalén, y dará testimonio especial de aquellos luctuosos momentos en sus viejas y angostas calles y plazas castellanas, llenas de gentío, propio o extraño, que se convierten «al pasar los pasos» en el doloroso camino recorrido por Cristo en su Pasión. En ellas vibrarán y aparecerán los sentimientos más íntimos, las profundas e incontenibles emociones de nuestras gentes.

Volveremos a ver las maravillosas esculturas que conforman y «dan vida» los distintos conjuntos iconográficos, que son los «PASOS», una de las más importantes colecciones de la imaginería religiosa española. «Pasos» con imágenes talladas por las manos de los más insignes e importantes escultores, desde los siglos XV al siglo XX. Son momentos históricos que recordar y venerar.

Junto a la torre de Santa María y ante el santo paso de «La Virgen Dolorosa», la Vara Mayor, las Autoridades religiosas y civiles y los Mayordomos de las Hermandades, volvemos a reunirnos los riosecanos y visitantes que nos acompañan para, en silencio, con respeto y atención, escuchar las esperadas y profundas palabras que a continuación pronunciará en este tradicional, prestigiado y prestigioso Pregón de la Semana Santa riosecana, el Ilmo. Sr. Don CARLOS AGANZO.

Don Carlos Fernández Aganzo, es una persona ilustre, inmersa en distintas y diversas facetas: Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, escritor y poeta.

Comenzó su andadura periodística el año 1982 en el diario «HOY» de Badajoz, continuando esta en diarios tan conocidos como «YA», del que fue subdirector; «La Voz de Huelva»; «Diario de Ávila», etc., hasta llegar a Valladolid, hace unos años, para acabar siendo Director del periódico regional «El Norte de Castilla». Entre los años 1996 y 2007, ha dirigido programas culturales en la, hoy desaparecida, Televisión regional TV-4.

En su faceta de escritor han salido de su mano numerosos ensayos, guías y libros de viajes, por lo que ha recibido distintos premios y distinciones. Como poeta, mundo en el que se desenvuelve con naturalidad y sencillez, ha escrito varios poemarios: «Ese lado violeta de las cosas», «Manantiales», «Como si yo existiera», etc...

Es miembro fundador del Premio de la Crítica de Castilla y León; Coordinador del Premio Internacional de Poesía «San Juan de la Cruz»

y miembro de la Academia de Poesía de Fontiveros y de la Institución «Gran Duque de Alba».

Por sus diversos trabajos literarios ha recibido distinciones como: El Premio «Murallas de Ávila»; el Jorge Guillén de Valladolid de poesía, el Alcaraván, de Arcos de la Frontera y, recientemente, el Premio de poesía Universidad de León.

Después de una amena y agradable conversación mantenida junto con otras personas y tras un cambio de impresiones, informarle del significado e importancia adquirida por este acto del Pregón, solicitándole posteriormente su colaboración, si lo tenía a bien, para ser el Pregonero de nuestra Semana Santa. Encargo que amable y gustosamente aceptó.

Por ello, en nombre propio y en el de la Junta de Cofradías, querido CARLOS, quiero agradecer tu presencia en esta vieja Ciudad de los Almirantes de Castilla, a la vez que reitero nuestra gratitud por aceptar el encargo que en su día te hicimos.

Como colofón a mis palabras, gustosamente, te cedo en el uso de la palabra a fin de que, por medio de tu verbo, seguro, profundo e ilustrado, nos hagas llegar tu mensaje de afecto, convivencia y fe, dando continuidad a la secular tradición que nos une.

Que tus palabras sirvan de preparación para, una año más, volver a conmemorar y celebrar Semana Santa: nuestra SEMANA SANTA.

¡Muchas gracias!

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE
Presidente de la Junta de Semana Santa
Marzo de 2012

**PREGÓN DE SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO - 2012**



El pregonero, Don Carlos Aganzo.

«**P**uesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para signo de contradicción, y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones». Así le hablaba Simeón, al que el Espíritu le había revelado «que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor», a María, la virgen de Nazaret. Y con estas palabras clavaba en su corazón el primero de los siete dolores que iban a marcar su vida desde el mismo momento del nacimiento del primogénito, el que ese día llevaba al templo, cumpliendo con la Ley de Moisés, para su presentación ante el Señor. Siete espadas en el corazón de la Virgen de los Cuchillos.

Siete cuchillos como los siete días de la Creación.

Siete cuchillos como los siete sellos del Libro del Apocalipsis.

Siete cuchillos como los siete sabios de Grecia.

Siete cuchillos como los siete reyes de Roma.

Siete cuchillos como las siete virtudes teologales.

Siete cuchillos como los siete pecados capitales.

Siete cuchillos como los siete dones del Espíritu Santo.

Primer amor, primer dolor. Y aquí y ahora el dolor sentido por la madre ante el destino dispuesto para el hijo. El corazón transido y los ojos ya puestos en lo alto. Tal como salió la Dolorosa, la madre que en silencio acompaña mis palabras, de manos de Tomás Sierra, en la extraordinaria estela del taller de Juan de Juni, el maestro de los dulces rostros de María, para ser entregada a los hermanos de la Cofradía Penitencial de la Vera Cruz. Todas las trazas lleva del maestro, toda la trágica belleza que simboliza la figura de la madre del reo, del condenado, del torturado, del crucificado. El sufrimiento mayor de la Semana Santa.

No lo dije al principio, pero lo digo ahora. Hoy he venido hasta aquí para comparecer delante de vosotros en este sobrecogedor presbiterio de Santa María de Mediavilla, con la intención de volver a recordar, dos mil y

unos cuantos años después, el impresionante dolor de la Dolorosa. He venido dispuesto, como decía el maestro pregonero don Félix Antonio González, a «quitarle el freno de mano al corazón». Porque en Medina de Rioseco, desde hoy y hasta el día del anuncio triunfal del Resucitado, todos los corazones van a ser uno: el corazón de los siete cuchillos de María. El corazón de una de las Semanas Santas más Semana Santa del mundo.

Quitarle el freno de mano al corazón, sí, atravesando las llanuras cereales de Castilla y, como es de rigor, bajando del caballo e hincando la rodilla delante de Nuestra Señora de Castilviejo antes de entrar en la ciudad. ¡Qué diferente esta María triunfante, reina con su niño rey en el regazo y rodeada de un coro de querubines, de esta otra María doliente y afligida, atravesada por las espadas del dolor!

Quitarle el freno de mano al corazón para entrar con ansia en esta ciudad de vacceos que tomó carta de identidad entre los siglos XI y XII, y que empezó a ser grande en el siglo XIII, antes de que Juan I, rey de Castilla y de León, de Portugal, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, del Algarve y de Algeciras, y señor de Lara, de Vizcaya y de Molina, la nombrara de Muy Noble y Muy Leal una centuria después. Para poner pie con toda pompa y circunstancia en la ciudad del gran Almirante de Castilla don Alonso Enríquez, aquel que navegando en guerra contra el moro se encontró flotando en el mar un extraordinario Cristo yacente; el mismo noble castellano al que Juan II le entregó el señorío de Rioseco «por los muchos e buenos e leales e notables e señalados servicios que fecisteis al Rey Don Juan mi abuelo e al Rey Don Henrique mi padre e mi señor, e abedes fecho e fazes a mí».

Ciudad de los Almirantes. Media villa y villa entera de María y de Juan el Bautista. Hito en el camino de San Yago peregrino. Corazón de Tierra de Campos.

Mas, aún estando todavía prendido en la belleza de la ciudad, no es menester hablar en demasía, esta tarde de sábado pregonero, de las glorias y cumbres de la medina del río Sequillo, sino que urge más bien ir yendo a lo que importa, que no es otra cosa que franquear el pórtico de la que sin duda es la seña de identidad más reconocida de Rioseco: su Semana Santa.

Hablábamos de los siete dolores de María y ningún sitio mejor para hacerlo que en esta iglesia certeramente levantada bajo su advocación. A éste, su templo de devoción, ha venido María a visitarnos desde su casa de continuo, en la vecina iglesia de Santiago. Si no fuera por la permanente aflicción con la que la retrató el imaginero, seguro que hoy se sentiría muy a gusto

entre nosotros, sabiendo que la iglesia en la que estamos se empezó a edificar en honor suyo ya a finales del siglo XII. La actual, la que ahora vemos, construida a partir de las trazas del palentino Gaspar de Solórzano, no sólo es célebre por sus bóvedas estrelladas con terceletes y nervios combados, sino también por ese retablo mayor que nos va contando, como en un catecismo esculpido, algunos de los episodios más célebres de la vida de María. En la predela la vemos en los momentos de la Adoración de los Pastores y la Epifanía. En el primer piso, en los trances de la Anunciación, la Asunción, y la Visitación. En el segundo, en la Presentación, en el momento culminante de la Coronación y en la escena de la Circuncisión de Jesús, y arriba del todo, columbrando cuanto ha de suceder entre hoy y el Jueves Santo, el Calvario, con la madre y el discípulo querido a los pies del crucificado...

Y mirad bien que todo esto digo con el pudor y el estremecimiento de tener a mi derecha nada menos que la Capilla Sixtina de Castilla, la de los Benavente, donde Juan y Jerónimo de Corral dejaron testimonio de su genio, y donde de nuevo María, en el centro del misterio de su Inmaculada Concepción, es la protagonista absoluta. «¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?». A lo que el ángel le contestó diciéndole: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado hijo de Dios». Entre una apoteosis de grutescos, medallones y relieves, bajo las espectaculares escenas de la Creación del Mundo y del Juicio Final, alfa y omega del universo cristiano, San Joaquín y Santa Ana, los padres de la Virgen, abuelos de Jesús, se abrazan en el umbral de la Puerta Dorada, tal como los imaginó y esculpió el gran Juan de Juni.

¡Cómo expresar lo que uno siente aquí, entre tantas maravillosas obras de arte, este gozosamente doliente Sábado de Pasión, con el lamento del pardal todavía estremeciendo las caracolas del oído y el redoble de los tapetanes poniendo métrica de Semana Santa en el desbocado latido del corazón!

Pero escuchadme todavía un poco más. Entre tantos episodios de la vida de la Virgen como se cuentan en esta iglesia, es necesario ahora recordar uno. Y recordarlo muy especialmente. Se trata del episodio que representa el segundo de los dolores de María, la segunda espada que lleva la Dolorosa atravesada en su corazón maternal, después del puñal primero de la profecía de Simeón.

«Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo». Así

le habló el cielo a José, como nos cuenta Mateo. Y es de imaginar el sobresalto en mitad de la noche, la huida precipitada, el ruido lejano de los cuchillos de los soldados de Herodes buscando al hijo del Rey de Reyes entre los primogénitos de los pobres mortales. El dolor de todas las madres del mundo que han perdido a sus hijos, representado en la matanza de los santos inocentes...

¿Era la misma borriquilla la que sacó de Belén a José, a María y al recién nacido y la que entró con Jesús sobre sus lomos en Jerusalén el día de las palmas? Es seguro que no, pero de cualquier manera sobre un asno salimos de Belén y sobre un asno entramos en Jerusalén, la bien compacta, la ciudad de Dios en la tierra, el lugar en el que María tuvo que enfrentarse a su tercer dolor, al tercero de los cuchillos que se representan en la imagen de la Dolorosa.

El episodio, recordadlo, sucedió muchos años antes de la entrada triunfal del maestro que se representa con «La Borriquilla». Ocurrió cuando Jesús «era ya de doce años» y sus padres, que iban cada año a Jerusalén por la Pascua, se volvieron a casa después de la fiesta pensando que el niño iba con ellos en la caravana, jugando quizás con otros niños de los vecinos. «Buscáronle entre parientes y conocidos, y al no hallarle, se volvieron a Jerusalén en busca suya. Al cabo de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles» (...) «Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote. Y Él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les decía. Bajó con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto, y su madre conservaba todo esto en su corazón».

Jesús se hacía mayor, y aunque todavía, como dice Lucas, «les estaba sujeto», empezaba a tomar ya sus propias decisiones fuera de la protección de la familia. ¿Qué madre no ha sentido estremecerse su corazón no sólo si piensa que ha perdido físicamente a su hijo, sino también cuando se da cuenta de que ha empezado a perderlo de otra manera, porque sale de su casa, porque comienza a caminar por el camino que le ha trazado su propio destino?

Un terrible presentimiento en este tercer dolor, en la inminencia ya de la semana de Pasión que nos aguarda. Una tragedia que se viene encima, a pesar de lo cual, en el Domingo de Ramos, no hay que pensar en otra cosa que en aclamar al maestro, en presentar las palmas al paso de la borriquilla. Esa borriquilla dominguera que encargó la parroquia de esta misma iglesia al valenciano Inocencio Cuesta en 1950, y que se lleva tras de sí, como si se tratase del flautista de Hamelin, a los niños de Rioseco. «Dejad que los niños

se acerquen a mí». Los niños que, acaso con la misma edad de Jesús perdido y hallado en el templo, juegan a la Semana Santa imaginando que son sus padres, que suceden a sus abuelos, que siguen en el mismo ciclo de esta fiesta grande que se celebra ininterrumpidamente desde el siglo XVI. Porque las palmas se agitan como una metáfora amarilla de nuestra Castilla de campo ancho, pero el tiempo se detiene cuando Jesús entra en Medina de Rioseco.

¿Y por dónde creéis que entró? ¿Por la puerta de San Sebastián? ¿Por la de Zamora...? No nos equivoquemos. Jesús entró en Rioseco por el Arco del Ajújar, e hizo la rodillada delante de su madre, la Virgen de la Cruz, y se acercó a los niños para desearles paz y bien, lo mismo que las hermanas del convento de Santa Clara, que con tanto esmero cuidan de la Señora, planchan las túnicas blancas que salen el Viernes Santo en procesión y mantienen vivo el espíritu del «poverello» de Asís... Por influencia de los padres franciscanos, efectivamente, nacieron aquí las primeras cofradías penitenciales, los abuelos de los abuelos de vuestros abuelos, que no han dejado de crecer y de transformarse con el paso de los años, pero siempre con la misma devoción por la Semana Santa. Así lo reconoce don Miguel de Unamuno, en uno de sus más celebres poemas castellanos:

«Era la misma procesión de antaño.
El anciano cree ver la que vio de niño,
y el niño, aún sin darse de ello cuenta,
espera ver la misma cuando llegue a anciano,
si llega... Y no ha pasado más;
ni monarquía, ni dictadura, ni revuelta, ni república.
Pasan los pasos.
Y los llevan los mozos».

Pasa el Domingo de Ramos y pasa el Lunes Santo. Y el martes, cuando suenan las diez en el reloj de la iglesia, sale a las calles la primera imagen del dolor de la Semana Santa riosecana. Es el Cristo de la Clemencia, que recupera una vieja tradición semanasantera, al que seguirá al día siguiente, Miércoles Santo, el Cristo del Amparo, el que de continuo mora detrás del sotocoro de Santa María, el que sale a caminar sin andas, el que integra en su devoción la antigua vocación del Cristo de las Aguas, al hilo de las rogativas y de las peticiones más íntimas de los riosecanos. ¡Qué falta nos haría su intercesión en este tiempo de sequías del alma!

Por un momento, cuando María se cruza con su hijo en la puerta del Mediodía de la iglesia de Santiago de los Caballeros, parece que se vuelve a visionar la profecía de Simeón: el prendimiento, el martirio y la muerte del hijo, las condiciones terribles de su sacrificio... Y todo sucederá según estaba escrito.

Por la Rúa Mayor, por donde desfilan y bailarán los pasos los días grandes de la semana, Jueves y Viernes Santo, el itinerario del Via Crucis se marca con cruces «vacías», antorchas y faroles. Gimien las maderas centenarias sobre las que se apoyan los soportales de la principal calle de Rioseco y en sus vetas, transfiguradas por el baile de las luces, empiezan a descifrarse ya con nitidez los signos de la tragedia. Cada quien lleva su particular cruz auestas, como ha sido, como es y como será siempre, y en la inmensidad de la noche castellana el misterio empieza a cobrar forma en los corazones de los hombres.

Llega el Jueves Santo. Pero aún no es posible integrarse de pleno en la ceremonia del dolor. Antes hay que preparar convenientemente a las huestes costaleras. Los mayordomos ofrecen el refresco a sus hermanos, ayer de azucarillos, limonada y bizcochos, y hoy de café, pastas, mantecados y licores. El pardal llama a procesión y da comienzo la recogida de Gremios; desde la sede de la Junta de Semana Santa, donde espera la Vara Mayor, da comienzo el desfile: mayordomos y estandartes, cofrades portadores de los pasos y los miembros de la Comisión Permanente de la Junta de Cofradías marchan hasta el Ayuntamiento para invitar al Concejo a sumarse a la celebración. Finalizado este acto, las cofradías se dirigen al atrio de Santiago, que se convierte en el punto de máxima expectación para ver salir a los pasos.

Sinfonía de bóvedas, la iglesia de Santiago es sin duda una de las más bellas y espectaculares de Castilla. No es de extrañar, pues, que nuestra Dolorosa tenga allí su íntimo refugio, bien acompañada por el resto de las devociones marianas que conviven en el templo. Así la Virgen del Pilar, la que se le apareció al apóstol San Yago en Zaragoza, o la bellísima imagen de la Virgen con el Niño, atribuida a Alejo de Vahía; la paz que emana el rostro de María, con su hijo en brazos, contrasta ahora dolorosamente con el drama que está a punto de comenzar.

En efecto. En medio de todo este torbellino de cofrades, los soldados de Roma han salido a buscar a Jesús, que vive sus últimas horas de libertad en el Huerto de los Olivos. «Aparta de mí este cáliz», nos recuerda el paso de «La Oración del Huerto». La cofradía, perteneciente a la antigua penitencial de la Vera Cruz, viste túnica de terciopelo morado, cingulo del mismo color y pañuelo de cuello blanco. Con ella se abre la procesión del Mandato y la Pasión, la más solemne, junto con la del Dolor y la Soledad, en la Semana Santa riosecana, para finalizar el domingo de Gloria con la del Cristo Resucitado y el Encuentro. Acompañando a los pasos, los tapetanes suenan anunciando ya el desfile del reo, su camino hacia el Gólgota: tan, tan, tan,

tapetán. Con toda la trágica solemnidad de los ajusticiamientos. El padre no ha querido apartar al hijo del sacrificio.

Y tras el prendimiento viene el martirio. El detalle de la espalda cobardemente maltratada de Jesús, de moso extraordinario recreada en su resquebrajamiento por un anónimo escultor castellano en el siglo XVII, destaca en el paso de «La Flagelación», perteneciente a la Hermandad de Nuestro Señor de la Columna; el «flagrum taxillatum», un azote brutal que remata en bolas de plomo o en astrágalos, comúnmente utilizado por los romanos para torturar a sus prisioneros, ha hecho su trabajo, y ha convertido el cuerpo de Jesús, la espalda de Jesús, en el mapa vivo de la vejación y el dolor.

Es el mismo episodio que se relata en el paso «Jesús Atado a la Columna», esta vez con una imagen sola, sin sayones ni aditamentos, atribuida a Gregorio Fernández y de una magnífica finura en el trato de la anatomía del Cristo. El Ceomico, como popularmente se le conoce, es una talla pequeña de devoción grande, y cuando sale de procesión por las calles de Rioseco representa la viva imagen del desvalimiento: el hijo de Dios definitivamente convertido en hombre; el rey humillado y ofendido.

Cuando pasa el «Ecce Homo», Jesús ya tiene la corona de espinas y la túnica del nazareno. Pilatos, que presta el nombre popular a este paso, dará a elegir al pueblo entre liberar a Jesús o liberar a Barrabás. Pero no hay caso: la suerte está echada. El Cristo de la Caña mira hacia el cielo y adivina el destino que le espera... Y así vuelve a contarse la historia una y mil veces. Mientras suenan los tambores, las caretas ocultan la emoción en el rostro de los costaleros. Cada uno con su horquilla, ocupando estratégicamente palotes, bispalotes o contrapalotes: quizás el mismo lugar que un día ocupó el padre, o el abuelo... «¡Oído!» suena la voz del cadena, el almirante de ese barco de dolores en que se convierte cada uno de los pasos del Jueves Santo. Y las imágenes, elevadas por los costaleros sobre el mar de cabezas de los pecadores, vuelven a bailar su trágica danza de siglos...

Los historiadores se debaten entre Gregorio Fernández y Francisco Díez de Tudanca a la hora de atribuir la talla de «Jesús Nazareno de Santiago». La expresión de su rostro, en todo caso, es impresionante; la piedad y la mansedumbre que transmite Jesús, ya con la cruz a cuestas, contrasta vivamente con el desprecio rufianesco del sayón que le acompaña y amenaza con su lanza. No es el Pardal quien precede a la pequeña comitiva escenificada en el paso, sino un soldado con una trompeta romana; pero el aviso hace perfectamente al caso. Rioseco se ha echado a la calle para ver pasar a Jesús y éste no tardará en encontrarse con «La Verónica» y, lo que era más de temer, con su propia madre, que le espera en un punto indeterminado del camino.

He aquí, pues, el cuarto cuchillo que hiende el corazón de María, su encuentro con Jesús camino del Calvario. ¿Qué podría sentir la madre al ver a su hijo arrastrar la cruz por las calles de Jerusalén? Jesús mira a la Verónica, que en su afán de socorrerle ha propiciado uno de los misterios más grandes de la Cristiandad: la fijación del rostro del Cristo en el paño sagrado. Y María mira a Jesús. Y la profecía sigue su marcha inexorable.

Es la tradición la que nos dice que hubo un encuentro entre Jesús y su madre previo a la escena de la crucifixión. Ni la «Peregrinatio Silviae», que algunos han relacionado con la monja Egeria, viajera por los santos lugares en el siglo IV, ni el «Itinerarium» del Peregrino de Burdeos, que hizo lo propio en el 333, localizan en su lista el hito en el que se produjo este encuentro. Sin embargo, en un plano de Jerusalén de 1308 ya se muestra la iglesia de San Juan Bautista de Jerusalén con la inscripción «Pasm. Vgis», es decir, Spasmus Virginis: el lugar en el que se desmayó la Virgen al ver pasar a su hijo cargando con la cruz.

Detrás de estos dos últimos pasos, que pertenecen a la misma cofradía, viene «Jesús Nazareno de Santa Cruz», con las imágenes de Jesús y de Simón de Cirene, obra de finales del siglo XVI y principios del XVII atribuida a Juan de Muniátegui. Un espectacular manto de terciopelo morado bordado en oro cubre a este nazareno que fue titulado, durante siglos, como Cristo de los Labradores; de hecho, se dice que el rostro del cireneo es con toda seguridad el de un antiguo labriego riosecano. Frente a la dureza o el sarcasmo de los sayones, en esta ocasión Simón de Cirene comparte con Jesús una mirada que trasciende el dolor del momento y se inscribe en el más allá. María ha quedado atrás, y Jesús continúa su camino. Cuando pasa «La Desnudez», un armonioso conjunto escultórico realizado a principios del siglo XX por el imaginero valenciano Vicente Tena, la muerte parece ya inminente. Jesús se despoja de la túnica, que más tarde se jugarán los soldados, y éstos preparan el martirio. El Barrena taladra ya con su herramienta la cruz para clavar en ella el cuerpo de Jesús. Pero no hay miedo en la mirada del Cristo. Tan solo una inmensa aceptación.

Todos conocemos como sigue la historia. «Tomaron, pues, a Jesús que, llevando su cruz, salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota, donde le crucificaron y con Él a otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio», dice Juan. El «Santo Cristo de la Pasión», popularmente conocido como Cristo de los Faroles, representa por vez primera el símbolo mayor del Cristianismo. Se trata de un crucificado vivo, tallado maravillosamente por Juan de Muniátegui en el siglo XVII, clavado en una cruz también extraordinaria. Una cruz que al contacto con el cuerpo de Jesús se ha convertido en árbol de la vida. Los hermanos de esta cofradía, entroncada

con la antigua de la Pasión, lo llevan sobre un tablero obra del riosecano Teófilo Arenillas, completamente vestidos de negro.

Negro el dolor y blanca la luna de Nisán, en el día más triste de la Humanidad. Negro el destino del hijo del hombre, que finalmente agoniza, clavado en la cruz, abandonado por el padre. Así lo dice el poema «Hombre solo»:

Dime dónde están ahora
aquellos que gritaban
mi nombre entre las palmas.
Dónde cuando el dolor
de la traición y el engaño
se fue llagando en mi frente
como corona de espinas.
Cómo es que dejaron sola
a mi madre, al amigo
para mí más querido,
aquel que reposaba ayer sobre mi pecho
con dulzura de ángel
y hoy va deshabitado,
apartando a su paso calaveras
en este oscuro Gólgota
de los desengañados...

¿Cómo has podido, padre,
dejarme aquí tan solo,
oyendo únicamente la voz de los soldados
que se juegan mi túnica,
y ese sordo lamento
de los que esperan la muerte
sin remisión posible?
¿Por qué si me trajiste
aquí como el heraldo
más alto de tu templo?
¿Por qué si tuve entera
Jerusalén a mis plantas,
si me amaban los niños,
si tenía la dulce sonrisa de María
envuelta en la pomada
que alivia las tristezas del camino;
si hubo doce leales
que partieron conmigo
el pan de la concordia?

¿Por qué este aliento amargo
de hiel que hay en mi boca
rota de ángel caído?

Tanto dolor de Dios
para un hombre tan solo.

Pero lo cierto es que Jesús no está del todo solo en su agonía. En el último momento de su vida tiene a sus pies a María, su madre, y a su amada María Magdalena, y a su discípulo más querido. Más dolor aún por ser dolor compartido. El propio sufrimiento y el que se sufre por el sufrimiento del que se ama.

La Dolorosa es, precisamente, la encargada de cerrar esta procesión del Mandato y la Pasión. La hermandad titular, fundada en el siglo XVII a partir de la antigua Cofradía Penitencial de la Vera Cruz, guarda con sumo cuidado esta talla que es, sin lugar a dudas, una de las más bellas de la Semana Santa de Rioseco.

¿Cómo imaginó Juan de Juni que sería el rostro de María en este instante? ¿Cómo lo ejecutó después, tan limpiamente, Tomás de Sierra? ¿Abandono, decepción, miedo, abatimiento, desesperación, impotencia...? Yo diría que, sobre todo, dolor. Dolor y soledad. «Dolorosa soledad y dolor solitario», como escribió Unamuno. Basta mirar las negras mantillas de las manolas de Rioseco para entenderlo en su profundidad.

El quinto cuchillo, la quinta angustia de María rompe de nuevo su corazón cuando contempla a Jesús crucificado.

«Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María la de Cleofás y María Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la Madre: Mujer, he aquí a tu hijo. Luego dijo al discípulo: He ahí a tu Madre». Así lo cuenta Juan. Y así lo reinterpreta Gerardo Diego en su poema «Capitana de la Angustia»:

Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas.
Clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.

Aquí en mi torpe mejilla
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.

Déjame que te restañe
ese llanto cristalino,
y a la vera del camino
permite que te acompañe.
Deja que en lágrimas bañe
la orla negra de tu manto
a los pies del árbol santo
donde tu fruto se mustia.
Capitana de la angustia:
no quiero que sufras tanto.
Qué lejos, Madre, la cuna
y tus gozos de Belén:
- No, mi Niño. No, no hay quien
de mis brazos te desuna.
Y rayos tibios de luna
entre las pajas de miel
le acariciaban la piel
sin despertarle. Qué larga
es la distancia y qué amarga
de Jesús muerto a Emmanuel.
¿Dónde está ya el mediodía
luminoso en que Gabriel
desde el marco del dintel
te saludó: -Ave, María?
Virgen ya de la agonía,
tu Hijo es el que cruza ahí.
Déjame hacer junto a ti
ese agosto itinerario.
Para ir al monte Calvario,
cítame en Getsemaní.
A ti, doncella graciosa,
hoy maestra de dolores,
playa de los pecadores,
nido en que el alma reposa.
A ti, ofrezco, pulcra rosa,
las jornadas de esta vía.
A ti, Madre, a quien quería
cumplir mi humilde promesa.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María.

Tras la larga marcha, cumpliendo el Mandato divino, el encuentro entre la Dolorosa y el Cristo de la Pasión se produce en el Corro de Santiago, con la compañía del resto de los pasos que han procesionado. La Salve a la madre y la Marcha Real despiden el Jueves Santo. Cae la noche oscura del alma sobre Rioseco, y la ciudad se prepara para el segundo día grande de la pasión en la Ciudad de los Almirantes.

Los refrescos, la recogida y el desfile de gremios, las aceitunas, la salida imponente de los pasos... El ritual se repite el día de Viernes Santo, donde el punto máximo de atención se sitúa esta vez en el Corro de Santa María, frente a la Capilla, para esperar el momento de la incorporación de los «pasos grandes» a la solemne Procesión del Dolor y la Soledad. Siempre es un milagro del esfuerzo la salida de «El Longinos» y «La Escalera» por las puertas de su Capilla. Siempre es emocionante escuchar durante su salida las notas musicales de «La Lágrima» o la «Marcha Fúnebre para el general O'Donnell». Con la ilusión cumplida y el sueño compartido, con su esfuerzo y su espeluznante coordinación, los costaleros de los «pasos grandes» representan, sin lugar a dudas, la vinculación más neta y esencial de los riosecanos con su Semana de Pasión.

Es viernes y ya no hay túnicas negras ni moradas. Tan sólo túnicas blancas. Blancas como el sudario que envolvió el cuerpo de Jesús tras su descendimiento. Los pasos grandes, «La Crucifixión» y «El Descendimiento de la Cruz», aquí siempre el Longinos y la Escalera, ilustran magistralmente el sexto dolor de María: el desgarramiento de la lanzada en el costado de Jesús y la impresión de recibir en sus brazos el cuerpo del hijo, ya muerto, después de haberlo desclavado de la cruz.

El crucificado del Longinos perteneció a la cofradía de la Quinta Angustia, y salió procesionalmente por primera vez, sin ninguna otra compañía, el Viernes Santo del año 1575. Las figuras que lo acompañan fueron talladas posteriormente por Tomás de Sierra, Andrés de Olivares y Francisco Díez de Tudanca. Juntos, forman un grupo escultórico de gran armonía y movimiento, plenamente inscrito en la manera dramática del Barroco, en el que destacan las figuras de las dos mujeres: María y María Magdalena.

En la procesión, detrás de esta estampa magnífica de la Lanzada, siguen dos pasos que inciden en la misma iconografía y que pertenecen a una misma hermandad. El «Santo Cristo de la Paz», o Cristo de los Hidalgos, es obra del siglo XVI atribuida al riosecano Antonio Martínez, y sorprende por sus grandes dimensiones. El «Cristo de los Afligidos», contemporáneo del anterior,

repite la escena con María y Juan a los pies de la cruz; enjuto y desmayado, el Cristo es sacado de la iglesia «a la sangría» por sus cofrades vestidos de blanco. Su procedencia, de la iglesia de San Pedro Mártir, nos recuerda que en Rioseco, además de las dos grandes joyas de Santa María de Mediavilla y Santiago, se cuentan ésta de San Pedro, perteneciente al antiguo convento de los dominicos; la de la Santa Cruz, trazada por Gil de Hontañón sobre una anterior iglesia gótica, que hoy alberga el primoroso museo de Semana Santa de Rioseco, y las iglesias de los monasterios de San Francisco, San José y Santa Clara, así como la Capilla-Salón de los Pasos Grandes y las ermitas de Nuestra Señora Castilviejo y Nuestra Señora de la Paz, actualmente desacralizada.

Por su movimiento, por la gracia aérea con la que el cuerpo de Jesús parece flotar entre los brazos de José de Arimatea y Nicodemo, la escena de la Escalera representa mejor que ninguna la vocación teatral de la Semana Santa riosecana, al poner en escena, una y otra vez ininterrumpidamente desde el siglo XVI, la historia más universal de Occidente. Mariano Nieto añadió en el siglo XX la imagen de María, popularmente conocida como la Malquerida, sobre el grupo escultórico que el santanderino Francisco Díez de Tudanca realizó en 1663, por encargo de la cofradía de la Soledad y la Quinta Angustia.

Falta todavía por interpretar la escena más dramática de toda la iconografía cristiana. La piedad de la madre con su hijo muerto en el regazo. El séptimo dolor de María, la séptima daga clavada en su corazón, es la del entierro de Jesús y su ingreso en la soledad más absoluta. Esta historia la cuentan en Rioseco tres pasos de intenso dramatismo. La talla de «La Piedad», del siglo XV, está realizada por Rodrigo de León y, al parecer, es copia de otra anterior existente en el convento de las clarisas, siendo la de mayor antigüedad de la Semana Santa de Rioseco; los ojos de María están más allá de la tragedia: dulce y sereno es el sufrimiento de esta madre que, sin lugar a dudas, ha alcanzado ya el límite de su resistencia. Después de ver pasar «El Santo Sepulcro», con el Cristo Yacente que Mateo Enríquez, vecino de Medina de Rioseco, talló con todo detalle en el siglo XVII, aún nos queda la última imagen de «La Soledad»: María rezando ante la cruz vacía, según la concibió, desde una óptica modernista, el maestro Dionisio Pastor.

Culminado pues el séptimo dolor, llegada a su fin la agonía de Jesús y el intenso sufrimiento de María, es la hora de cantar la Salve y de sumirse después en soledad profunda esperando a que suceda el milagro. Pues tan cierta como la profecía de la muerte lo habría de ser la de la resurrección.

Y el milagro sucederá el domingo. Porque la Semana Santa de Rioseco empieza y termina con alegría. Entre la entrada triunfal en Jerusalén y la

Resurrección de Jesús han transcurrido exactamente siete días. Como los siete cuchillos que atravesaron el corazón de María. El último encuentro entre el hijo y la madre así lo atestigua. El «Cristo Resucitado» («El Bailarín» para los riosecanos), y la «Virgen de la Alegría», que sigue en todo las prédicas estéticas de Gregorio Fernández, son ambas imágenes del siglo XVII. Jesús ha triunfado frente a la muerte y María, de nuevo y siempre Inmaculada, ya ha sido coronada desde las alturas. El último encuentro se produce en el Atrio de Santa Cruz: cae el negro velo del luto y la sonrisa vuelve al rostro de la mujer. Madre e hijo ya no se separarán nunca más. Ya se ha roto la losa del silencio, y la Ciudad de los Almirantes respira aliviada, después de siete días de vivir con el corazón en un puño. Ya se marcha el dolor y se percibe el amanecer de un nuevo día. Ya están los riosecanos y riosecanas pensando en la Semana Santa del año que viene...

Desde la Rúa Mayor hasta los corros de Santiago o de Santa María; desde el Pósito hasta la Fábrica de Harinas, y desde el Teatro Principal hasta el parque del Duque de Osuna, la Ciudad de los Almirantes regresa, sin embargo, a su ritmo cotidiano, entre los caminos de sirga y los infinitos itinerarios cereales que surcan la geografía de esta deslumbrante Tierra de Campos. Campos de color que representan, acaso como ningún otro signo conocido, el alma de Castilla y de sus gentes. Así es como sucede y así es como os lo he contado. Sólo entonces, cuando todo haya pasado, cuando el dolor oscuro se torne en la blanca luz de la resurrección, será el momento de volver a ponerle el freno de mano al corazón. Entre tanto, dispongámonos a vivir una semana inolvidable.

CARLOS AGANZO

31 de marzo de 2012

Edita:



Junta Local de Semana Santa

Colaboran:

